

fice, hasta llegar al propósito de estudiar su actividad y su palabra en torno al tema de la unidad y la unicidad de la Iglesia. Si la primera mira *ad intra* de la Iglesia, en su comunión de fe y vida, la segunda mira *ad extra* de la Iglesia Católica, al ecumenismo.

Los ocho capítulos de este voluminoso libro pueden estructurarse en dos partes (aunque el Autor no lo hace). Los capítulos I-V tratan del pensamiento y magisterio de Pablo VI sobre la unidad *en* la Iglesia; los capítulos VI-VIII tratan de la unidad *de* la Iglesia. La primera parte comienza a partir del fundamento de la unidad en la vida trinitaria (cap. I), de la que participa el Pueblo de Dios (cap. II). La unidad surge, como de su fuente, de la Palabra y los Sacramentos, especialmente la Eucaristía (cap. III), y se expresa en la unidad visible de carismas, ministerios y servicios en la Iglesia, especialmente el ministerio de unidad representado por el Colegio episcopal y el primado papal (cap. IV). Esta parte termina con las heridas a la unidad dentro de la Iglesia Católica (cap. V). La segunda parte se dedica al «quehacer ecuménico de Pablo VI» (caps. VI-VII), y termina con una mirada a la unidad escatológica de la humanidad en la visión de Dios (cap. VIII).

La investigación está bien llevada. No pretende adentrarse en cuestiones teológicas. Pertenece al género histórico. Es una exposición pulcra del pensamiento y acciones de Pablo VI en torno a los temas mencionados. El libro lo da a conocer, con un estilo ameno y sencillo. La figura del Papa Montini aparece como abierta y dialogante, preocupado por la causa ecuménica —a cuyo servicio puso sus mejores fuerzas—, y cons-

ofrece aquí un material cuya lectura provocará sin duda ulteriores reflexiones para la actualidad.

José R. Villar

Gareth B. MATTHEWS (ed.), *The Augustinian Tradition*, University of California Press, Berkeley 1999, 398 pp., 16 x 23, ISBN 0520210018.

La vitalidad de San Agustín en las tres últimas décadas del siglo XX y el interés que su obra vuelve a despertar en muchos filósofos, están bien reflejados en este libro publicado en una colección de «tradiciones filosóficas» dirigida por Amélie Oksenberg Rorty. Basta pensar en lo que fueron algunas de las preocupaciones de Agustín, por ejemplo, la introspección y conocimiento de uno mismo, el tiempo y la memoria, la historia, la naturaleza del lenguaje, la motivación humana, la libertad, o el escepticismo, para comprender la atracción que ejerce. Además Agustín es un escritor en el que se combina tanto la fuerza del pensamiento más general y abstracto con el empirismo de la vida concreta. Por eso no causa sorpresa el tema del último artículo, una exploración comparativa de «los dramas del pecado y la salvación» en Agustín y John Updike, el novelista, poeta y crítico, autor en una serie famosa de novelas de un retrato del norteamericano esencial del siglo XX.

Alvin Plantinga abre la colección con un ensayo sobre la noción de filosofía cristiana, porque la ve con sus raíces más profundas en el pensamiento de San Agustín. El artículo no es una pieza de anticuario. Su interés no es histórico sino actual y urgente, es decir, vuelve a

plantear el problema del filósofo que es también creyente cristiano y, en general, de la relación entre el cristianismo y la investigación en cualquier campo científico. De los cuatro componentes o aspectos de la filosofía cristiana agustiniana —teología filosófica, apologética, crítica filosófica cristiana, y filosofía cristiana positiva— los dos primeros no han sido objeto de mayor controversia, pero no es así con los otros dos. Plantinga ve tres contendientes por la supremacía espiritual en occidente. Frente al pensamiento y perspectiva cristiana, habría dos formidables oponentes: el «perenne naturalismo» de la antigüedad pagana, remozado en tiempos modernos con éxito aparente, y el humanismo o subjetivismo de la ilustración europea que llama «antirealismo creador». Una parte importante del filósofo cristiano es la crítica cultural: el teísmo filosófico, es decir, el esfuerzo por avanzar el conocimiento filosófico propiamente dicho desde dentro de la fe.

Frederick Crosson escribe sobre la estructura de las *Confesiones*, algo de gran importancia porque entendemos mal esta obra famosa si la vemos como «autobiografía» de un pobre pecador cargado de culpabilidad moral. [Es el mismo punto que pone de relieve Garry Wills, ganador del premio Pulitzer en 1992, en su breve pero fascinante biografía del santo]. Concentrándose en el libro XI de las *Confesiones*, Genevieve Lloyd escribe sobre el problema del tiempo en Agustín. Martha Nussbaum compara Agustín con Dante. Y otros ensayos exploran conexiones entre el pensamiento de Agustín y el de Anselmo de Canterbury, Descartes, Locke, Jonathan Edwards, Rousseau, Kant, y Wittgenstein.

Varios ensayos examinan cuestiones éticas y morales. El énfasis que Agustín dio a la voluntad y los actos volitivos es

objeto de dos artículos, uno de ellos sobre el problema de la responsabilidad moral durante el sueño; la opinión de Agustín al respecto, de que somos responsables de lo que hacemos y pensamos en un sueño, lleva a Ishtiyaque Haji a sugerir toda una reconstrucción de nuestra concepción epistémica de la responsabilidad ética. No faltan, por supuesto, artículos sobre la voluntad o sobre el pecado de los ángeles y el pecado original (en un ensayo que examina la influencia agustiniana en John Locke y Jonathan Edwards).

De gran interés me ha parecido un artículo titulado, con carácter tentativo, «Hacia un liberalismo agustiniano». En él se examinan actitudes como la soberbia y la vanagloria no sólo como pecados fuera de lo ordinario, que requieren fuerza volitiva descomunal, por así decirlo, pecados directos contra Dios y la ley divina (en la esencia del pecado original), sino como pecados del ser humano ordinario, pecado de a diario. Y por supuesto, un pecado fácil de cometer para quienes, como ciudadanos o políticos, pasan mucho tiempo discutiendo, arguyendo, luchando por sus propias ideas en contra de otros ciudadanos. Agustín vio efectos del pecado original en intentos de establecer superioridad sobre los demás, y Tomás de Aquino desarrolló de forma más sistemática la concepción agustiniana de la soberbia. Para Agustín, Jesucristo es la revelación del Dios humilde, y la humildad cristiana debe tener eco y consecuencia en la vida política del creyente. Pero la historia muestra que a menudo ha sido la fuerza y convicción (o hipocresía) de esa creencia religiosa la que lleva al cristiano a intentar imponer su opinión a los demás. Según el autor, los cristianos deben concluir que el liberalismo agustiniano es una política de «ambiciones limitadas». La política o el

gobierno de la república no enseña la humildad, esto es algo que sólo enseña el *Dios humilde* revelado en Cristo nuestro hermano. No creo que el autor esté diciendo que sólo los ciudadanos cristianos, o los creyentes activos en la vida política de un país, sean los únicos tentados por la vanagloria o la soberbia, pero sí es interesante el que, como creyentes, no deben dejar a un lado en su vida social o política lo que según Cristo es fundamental, a saber, la humildad. La historia es prueba contundente.

La discusión de Robert Holmes sobre la teoría agustiniana de la guerra justa es otro ensayo actual y pertinente; paradójicamente, ve en la argumentación del obispo africano una prueba de aquel orgullo inexorable e imposible de extirpar que el mismo Agustín criticó, pero que le llevaría a reorientar el curso moral del cristianismo de una postura pacifista a una claramente militarista. Sería justificar la guerra por la paz, por el bien inmenso y final de la paz, «la tranquilidad del orden», pero guerra de todos modos.

Álvaro de Silva

Anthony MEREDITH, *Gregory of Nyssa*, Routledge & Kegan Paul, Londres y Nueva York 1998, 208 pp., 14 x 21,5, ISBN 0-415-11840-9.

Gregory of Nyssa es una selección y traducción inglesa de textos clave en la producción literaria de Gregorio de Nisa, realizada por uno de los mejores conocedores de este gran autor del siglo IV que cada día recibe más atención por parte de los estudiosos y que siempre resulta actual. La selección de los textos ha sido realizada con inteligencia y equilibrio; en ella se ofrecen pasajes importantes en los que se recoge en forma

especial la contribución de Gregorio a los debates de su tiempo, tanto en lo que concierne a la naturaleza de Dios y, en especial, a su lucha contra el arrianismo extremo de Eunomio, como en lo que concierne a su aportación a la doctrina cristiana sobre el Espíritu Santo en su lucha contra los pneumatómacos, y a su defensa de la íntegra humanidad de Cristo contra Apolinar de Laodicea. También se incluyen en esta selección, como es de rigor, muchos de los más hermosos textos nisenos concernientes a la doctrina espiritual y a la antropología.

A. Meredith introduce al lector en este variado panorama de escritos y de pensamiento con unas páginas dedicadas a la persona de Gregorio de Nisa (pp. 1-26). Son unas páginas claras y sugestivas que hacen cercana la figura del Obispo de Nisa y accesible su pensamiento. De hecho constituyen una completa introducción a la época, a la vida y a las obras de Gregorio. La claridad que se encuentra en ellas responde no sólo al buen hacer literario de Meredith, sino a su conocimiento profundo del siglo IV griego, que le permite ofrecer sobriamente los rasgos esenciales de su personaje, sin perderse en detalles innecesarios, pero, eso sí, dando a las diversas cuestiones el relieve que merecen. Así se ve sobre todo en las sugestivas páginas dedicadas al sistema de Gregorio y a su enseñanza espiritual (pp. 15-26).

Los textos nisenos están agrupados en tres secciones. En la primera, *Problemas doctrinales* (27-58), se presentan textos del *Contra Eunomio* (1.156-182), del *Contra los Macedonianos sobre el Espíritu Santo* (19-26), y del *Contra Apolinar* (16-22). En la segunda sección, titulada *Gregorio y la Filosofía* (pp. 59-86), se han elegido los textos del *Contra Fatum* y del *Gran Discurso Catequético* (19-24). La tercera sección, titulada *Gregorio y la espiritualidad* (87-